

# «La casa del indiano» y «De camino», dos textos olvidados de Emilia Pardo Bazán y Miguel de Unamuno

Daniel Docampo Jorge

([dandocampo@pamplona.uned.es](mailto:dandocampo@pamplona.uned.es))

UNIVERSIDAD NACIONAL DE EDUCACIÓN A DISTANCIA

## Resumen

El presente trabajo rescata el artículo «La casa del indiano» de Pardo Bazán y el cuento «De camino» de Unamuno, publicados en el *Almanaque Peuser para 1900* de Buenos Aires y no mencionados en el corpus de la obra de ambos escritores.

## Abstract

The present paper recovers the article «La casa del indiano» by Pardo Bazán and the story «De camino» by Unamuno, published in *Almanaque Peuser para 1900* of Buenos Aires. These two texts have not been included in the writers' corpus compilations.

## Palabras clave

Emilia Pardo Bazán  
Miguel de Unamuno  
Prensa del siglo XIX  
*Almanaque Peuser*

## Key words

Emilia Pardo Bazán  
Miguel de Unamuno  
19th Century Press  
*Almanaque Peuser*

*AnMal Electrónica* 46 (2019)  
ISSN 1697-4239

El artículo «La casa del indiano», de Emilia Pardo Bazán, y el cuento «De camino», de Miguel de Unamuno, aparecieron en el decimotercer *Almanaque Peuser* para el año 1900 y no han vuelto a ver la luz desde entonces. Ambos textos resultan altamente significativos, pues el primero supone una honda reflexión sobre la emigración, pocas veces vista en la obra pardobaziana, y el segundo amplía la escasa producción cuentística de Unamuno.

## EL ALMANAQUE PEUSER

En 1888, en Buenos Aires, salía el primer número del *Almanaque Peuser*, bajo la iniciativa de Jacobo Peuser. Su gran calidad de impresión y la talla literaria y

artística de sus participantes lo convirtieron pronto en una referencia de este tipo anual de publicaciones, que ya desde sus inicios manifestó una clara disposición a la excelencia:

Esperamos que el público dispensará benévola acogida al *Almanaque Peuser*, alentándonos para seguir nuestro plan de dar a conocer las producciones de la ilustre y numerosa pléyade de literatos americanos, las bellezas que el país encierra y los progresos que el arte y la tipografía han realizado en los últimos tiempos en este continente, progresos que han de permitirnos competir con las publicaciones ilustradas de más fama de Europa (Peuser 1887: 4).

Entre 1895 y 1900, dirigió el *Almanaque* el español Esteban Lazárraga. Nicolás María de Urgoiti, en una de sus crónicas de la serie «Cincuenta días en América del Sur», destacó:

Sería injusto no mencionar aquí el nombre de nuestro compatriota el alavés D. Esteban Lazárraga, que, al frente de los talleres de la casa alemana Jacobo Peuser desde hace muchos años, ha patentizado su valía y ha enseñado los secretos del arte de bien hacer a infinidad de aprovechados discípulos, que demuestran hoy en todas las manifestaciones de las artes gráficas argentinas lo que vale un buen maestro (1923: 4).

Pese a que, en un principio, primó en la publicación el contenido de autores hispanoamericanos, Lazárraga hizo que se incluyeran textos de españoles como José Echegaray, Ramón de Campoamor, Manuel de la Revilla, Jacinto Benavente, Eusebio Blasco, Eduardo López Bago, Miguel de Unamuno, Emilia Pardo Bazán o Benito Pérez Galdós. En el artículo «El arte español en Buenos Aires», confirmó este cambio de rumbo Carlos Malagarriga, que colaboró en los almanaques dirigidos por Lazárraga:

En estos días debe llegar a España el *Almanaque Peuser* que la casa alemana de este nombre tiene confiado hace algunos años a otro meritorio español, el Sr. Lazárraga, que resueltamente se ha impuesto a la casa Peuser, transformando el más leído y lujoso de los almanaques argentinos en obra de propaganda del arte español (1900: 88).

No todas las colaboraciones eran originales. Así, por citar un caso, el texto de Galdós del *Almanaque* de 1896, «... ¿Qué piensa usted del estado actual de la conciencia humana?», no es ni más ni menos que la reproducción de una parte del capítulo VIII de la tercera parte de *Nazarín*, de 1895; pero el almanaque llevaba muy a gala el hecho de presentar trabajos inéditos. Lo muestra una apostilla, «Nota importante», de Lazárraga para el *Almanaque Peuser* de 1899:

Los trabajos literarios de los Señores Alcaide de Zafra - Benavente - Benot - Blasco - Ferrari - Giménez Guerra - Pérez Nieva - Rueda - Urrecha y Doctor Thebussem, son propiedad de la Casa Peuser, adquiridos expresamente por su cuenta, en Madrid, por el Señor Francisco Santomé, Director del Anuario - Guía de la Prensa Española, y los originales se encuentran en nuestro poder desde el mes de Junio último.

Entre los mencionados trabajos figura «La hermana pequeña» de don Eusebio Blasco, que con posterioridad a nuestra adquisición y sin autorización de la Casa Peuser ni del director de este Almanaque, ha sido publicado por la revista «Blanco y Negro» de Madrid en el número correspondiente al día 10 de Octubre pasado (Lazárraga 1898: 176 [en cursiva se resalta la negrita del original]).

Esta exclusividad fue muy recalcada en las reseñas del *Almanaque* para 1900, como se puede observar, por ejemplo, en *La Ilustración Española y Americana* del 15 de febrero de 1900, que en la sección «Libros presentados a esta dirección por autores o editores» anunciaba de forma muy elogiosa —aunque con algunos errores en los nombres de los escritores y dibujantes— la salida de la publicación:

La casa Peuser, de Buenos Aires, ha publicado su artístico Almanaque para 1900, que es el decimotercero de los editados por ella con verdadero lujo tipográfico. Bajo una bellísima cubierta en colores, dibujada por Sartory, se contienen 177 páginas de esmeradísima impresión sobre papel *couché*, en las que figuran trabajos literarios y artísticos firmados por muy distinguidos autores.

Dirigida la publicación por nuestro compatriota D. Esteban Lazárraga, ha procurado que en ella figuren escritores y artistas españoles, resultando en tan precioso Almanaque mezcladas sus firmas con las de artistas y escritores americanos. Así figuran en su texto trabajos inéditos de Graumontagne [sic], Carlos María Ocantos, Rubén Darío, Atienza, C. Noé, Lugones, Ricardo Palma, Darío Herrera, Francisco A. de Icaza, Cantilo, Artal, Urbina, Naón, Granada, Giraldo [sic], Vedia, España, Velloso y Castellanos, y de Pi y Margall, Manuel del Palacio, Emilia Pardo Bazán, Miguel

de Unamuno, Manuel Reina, Arturo Reyes, Salvador Rueda, Jacinto Benavente, Malagarriga, López Bago y Carlos Luis de Cuenca. En las ilustraciones figuran obras de Alberti, Arango, Arija, Barrantes, Benedito, Cao, Diéguez, Domínguez (D. Manuel), Toradoni [sic], Fortuny, García-Jiménez [sic], Jiménez Martín [sic], Huertas, Marín, Tomás Martín, Cecilio Pla, Sartory, Sojo, Sorolla, Unceta y Xaudaró (C. 1900: 100).

De igual forma, meses antes, la revista bonaerense *Caras y Caretas* del 23 de diciembre de 1899 destacaba la tipografía del almanaque y su alta consideración entre las publicaciones de este tipo:

Bajo la dirección del señor Esteban Lazárraga, el que en pocos años ha conseguido colocar el *Almanaque Peuser* a una altura a la que, no ya entre nosotros, sino en la misma Europa, llegan muy pocas publicaciones similares, hemos recibido el tomo correspondiente a 1900. La impresión de esta obra es realmente notable, la parte litográfica y las fototipias excelentes, señalándose como novedades que han de llamar la atención unas caricaturas grabadas en madera por Barceló y los fotograbados en colores (Anónimo 1899: 37).

Además, ponía de relieve la calidad literaria de algunos colaboradores españoles, muy conocidos ya por el público americano:

En la parte literaria, además de artículos y poesías, debidos a la pluma de varios y conocidos escritores argentinos, se hacen notar otros enviados expresamente por sus autores al señor Lazárraga, entre los que llaman la atención los de la señora Emilia Pardo Bazán y de los señores Miguel de Unamuno, Salvador Rueda, Manuel del Palacio, Manuel Reina, Jacinto Benavente y Ricardo Palma (Anónimo 1899: 37).<sup>1</sup>

Normalmente, los textos eran recogidos en España por un representante de la casa Peuser, que se encargaba de hacerlos llegar a Buenos Aires. Debía de pagar muy bien y de forma rápida, lo que constituía un reclamo para los autores, junto con el hecho de tener presencia en el mercado americano.

---

<sup>1</sup> Aunque en la lista de escritores españoles figura el peruano Ricardo Palma, sorprendentemente no nombra como enviado el poema «Salutación a Leonardo», de Rubén Darío (1899: 53), que participó en este y otros números del *Almanaque*, y que aparece fechado en Madrid en 1899.

### «LA CASA DEL INDIANO», DE EMILIA PARDO BAZÁN

«La casa del indiano» es un artículo de opinión de Pardo Bazán sobre los beneficios de la emigración, que surge tras la visión de una casa de estilo modernista construida en Betanzos por un antiguo habitante de la ciudad recién llegado de América. Ocupa las páginas 86 a 88 y se indica, al final del mismo, que se escribió en las Torres de Meirás en 1899. Parece, más allá de la temática, y según su observación de que la citada casa «puede competir con los mejores [edificios] de Buenos Aires» (Pardo Bazán 1899: 87), que la novelista escribió el texto expresamente para el *Almanaque*. Con todo, la figura del emigrado y del indiano fue abordada por Pardo Bazán en diversas ocasiones, como por ejemplo ha puesto de relieve en su cuentística Lafuente (2009), que señala la voluntad de denuncia de la escritora ante la pobreza de la realidad gallega.

En este artículo se refiere la autora, con toda probabilidad, a la casa de Juan García Naveira, diseñada por el arquitecto español Juan de Ciórraga, situada en la actual Plaza García Hermanos y que consta como finalizada en 1900 ([Fuente García 1999: 396](#)), por lo que Pardo Bazán pudo escribir el artículo al verla acabada o a punto de ello. Juan García había emigrado, junto con su hermano Jesús, a Buenos Aires unos treinta años antes y consiguió reunir una cuantiosa suma de dinero gracias al éxito alcanzado en diversos negocios en ese país. De ahí que al regresar a su tierra natal no escatimara gastos en la edificación de su nuevo hogar con materiales costosos como el «granito gallego, mármol, cristales yugoslavos, caoba y todo tipo de maderas sofisticadas, como la escalera que une la planta alta con el sótano hecha sobre una única pieza de bambú» (Arcay Barral 2018: 94). Pardo Bazán describe la casa subrayando la ostentación, pero sin dejar de alabar el beneficio que hizo a su localidad el que llama «indiano de Betanzos»; de hecho, ambos hermanos fueron conocidos por su filantropía ([Fuente García 1999](#)).

Partiendo de esta edificación y de la figura del indiano, la escritora dispone una radiografía social de los fundamentos y motivos que promueven la emigración, haciendo gala de su erudición, al intercalar en el discurso información histórica sobre las conquistas de algunas civilizaciones; argumentos de sociólogos como Herbert

Spencer en su ensayo «Progress: Its Law and Cause» (1857)<sup>2</sup> y Ludwig Gumplowicz con *Der Rassenkampf. Sociologische Untersuchungen* (1883)<sup>3</sup>; o las obras del novelista Carlos María Ocantos con su libro *Promisión* (1897) o de los poetas fray Luis de León, cuyo verso «muertes, asolamientos, fieros males» de la «Profecía del Tajo» cita, y José-Maria de Heredia con el final de su soneto «Les conquérants» de *Les trophées* (1893).

Pardo Bazán elogia el tipo de emigración pacífica que se da en América Latina, sustentada en el objetivo común del trabajo y en el beneficio de la mezcla de culturas, y la contrapone a los pueblos que aún consideran que la emigración no es sino la invasión y el sometimiento de un pueblo. La condesa es partidaria de «la amalgama de pueblos» y concluye que «[l]as soñadas razas puras ya casi no existen en el mundo, como no sea en algún salvaje islote. Por eso no se entienden los que hablan de *raza latina*, y no cuidan de advertir que una cosa es la identificación de raza y otra es la comunidad de origen». En este sentido, cree en la pujanza de Hispanoamérica, que «al recibir de su seno elementos tan varios y distintos, los incorpora a su ibérica sangre, y forma una raza» (Pardo Bazán 1889: 87-88).

Esta idea la discutió en más ocasiones. En el artículo «Progreso. Cuestión de razas» (*La Ilustración Artística*, 18 de junio de 1900), hablando del decaimiento de la raza latina, insiste en la idea de la mezcla de razas como acicate para el progreso y la regeneración, para los que ve como una posibilidad muy conveniente la de «[l]a hibridación o cruce del ideal latino con el ideal anglosajón [que] puede dar frutos preciosos». Y atisba en el Nuevo Mundo la posible realización de ese ideal: «¿Quién sabe si el escenario de esa transformación de la humanidad, que sueño, serán las jóvenes naciones de la América española, cuya federación podría contener la ola sajona, dándonos otra vez el puesto que nos corresponde en el planeta?» (Pardo Bazán 1900a: 394). Y en la crónica «La América Latina» (*El Imparcial*, 7-9-1900), apoyándose en las teorías de Gumplowicz, reconoce el auge de Hispanoamérica:

---

<sup>2</sup> En 1895 se publicó en España *El progreso: su ley y su causa*, con traducción de Unamuno, que contiene varios ensayos de Spencer, entre los que se encuentra el que da título al libro; para el pasaje al que remite Bazán, cfr. Spencer (s. f.: 7).

<sup>3</sup> Este libro se tradujo al español como *La lucha de razas* en 1894. Gumplowicz es mencionado en el texto como «un ilustre sociólogo moderno» (Pardo Bazán 1899: 88); para el texto que reproduce Bazán cfr. Gumplowicz (s. f.: 181).

[L]as repúblicas hispanoamericanas [...] van acercándose a un periodo favorable de su evolución. Esos países, en cuyos orígenes históricos quedaron escritos los nombres españoles de Cortés, Almagro, Pizarro, Valdivia, Solís, Pinzón y Ponce de León, son hoy naciones independientes, democráticamente constituidas, que reconocen a sus ciudadanos igualdad de derechos y deberes, y en que la raza, nuestra misma raza, modificada por lo que califica Gumplowicz [*sic*] de «proceso de amalgama» con otros elementos étnicos, ha ganado el brío juvenil y la fe en lo futuro, por nosotros perdida. Hay en la América española territorios capaces de producir lo que consume la humanidad entera, y una gente laboriosa y libre, cuya energía se demostró en funciones guerreras, no por desconocidas en Europa menos terribles [...]. Mientras acá nos dormimos, la América latina prepara su emancipación económica, para bastarse a sí misma en el siglo XX (Pardo Bazán, 1900b: 1).<sup>4</sup>

Por otro lado, «La casa de indiano» también se nutre de pinceladas personales de la escritora: su preferencia por los viejos caserones con escudo de armas y atestados de la hiedra y parietarias<sup>5</sup>, su deseo de experimentar la emigración y su apasionamiento ecléctico, por el que dirá que «soy *doble*» (Pardo Bazán 1899: 87) al ser capaz de valorar favorablemente la casa modernista, pese a su mencionada predilección por lo antiguo.

#### «DE CAMINO», DE MIGUEL DE UNAMUNO

El cuento «De camino», de Miguel de Unamuno, ocupa las páginas 117-120 y está ilustrado con dos dibujos del valenciano Manuel Benedito<sup>6</sup>. En carta a Pedro Jiménez Ilundain de 24 de mayo de 1899, el autor bilbaíno se refiere a este texto hablando de sus escritos en América: «[L]a casa Peuser, de Buenos Aires, también me

---

<sup>4</sup> Sobre la posible decadencia de la raza latina y su repercusión en la España de finales del XIX, cfr. «Latinos y anglosajones. Una polémica de la España de fin de siglo», de Litvak (1990: 155-199).

<sup>5</sup> «¡Horrible familia ilegal, enraizada en el viejo caserón solariego como las parietarias y yedras en los derruidos muros» (Pardo Bazán 2015: 163), pensará Julián de los moradores del pazo en *Los pazos de Ulloa* (1886).

<sup>6</sup> Según la última catalogación de Carrascosa Tinoco (Unamuno 2017a), el reducido número de cuentos de Unamuno llega a ochenta y ocho, entre los que no figura el que se rescata aquí.

pidió algo para su próximo almanaque. Se lo di y me lo ha pagado en seguida por su representante. Empiezo, pues, a tener nombre y mercado en América y a sonar por allí» (Unamuno 2017b: 912). El 16 de agosto del mismo año repetirá al mismo corresponsal: «Me han pedido ya un trabajo para el almanaque que anualmente publica la casa Peuser, de Buenos Aires, y por cierto me lo pagaron, por su representante en Madrid, a toca teja» (Unamuno 2017b: 950). Y aún dejó constancia de este hecho en una carta de 20 de junio de 1899 dirigida a Francisco Fernández Villegas:

Ahora me preocupa la conquista de América, quiero decir mi conquista de América. Mis últimos artículos en *Vida Nueva* y otros papeles han sido reproducidos en Buenos Aires, en *La Nación* hemos tenido nuestro cruce de artículos Rubén Darío y yo y me han pedido ya un trabajo para el almanaque de la casa Peuser; lo he enviado y he cobrado el importe que le asigné, pagado a tocateja (Unamuno 2017b: 935).

Sin duda, la importancia del almanaque y su resonancia fue un reclamo para Unamuno que, además, parece que fijó el precio de su relato, según se desprende de las últimas palabras de su carta.

En el cuento se narra la historia de un joven que deja su aldea para ganarse la vida en la ciudad. Sin embargo, el encuentro en el campo con una chica durante su peregrinaje le hace replantearse su destino. El final del cuento es amargo, ya que Unamuno añade un último párrafo, separado del resto del texto por tres asteriscos, donde el protagonista recuerda con pesar este episodio de su juventud pasada al no haberse decidido a abandonar sus sueños de ir la metrópoli y llevar una vida errante con la chica.

La dicotomía campo o pequeña ciudad frente a la gran ciudad fue abordada en muchos de los escritos de Unamuno, del que cabe destacar «Ciudad y campo. De mis impresiones de Madrid» (*Nuestro Tiempo*, julio de 1902), en el que muestra una clara aversión a los continuos estímulos de la capital, que considera perniciosos para su labor literaria. El escritor vasco los opone a su actual vida sosegada en Salamanca o a su recuerdo juvenil de Bilbao, de los que valora el ambiente propicio para la reflexión. Y nombra al habitante deshumanizado de las grandes urbes, englobándolo «dentro del tipo común del *homo urbanus*» (Unamuno 1958b: 549)<sup>7</sup>. En el artículo

---

<sup>7</sup> Para una idea general de la preferencia de Unamuno por la vida rural, cfr. González Egido (1983: 49-55).



«Grandes y pequeñas ciudades» (*La Nación* de Buenos Aires, 1908) continúa con la misma idea: «las grandes ciudades nos desindividualizan o, mejor dicho, nos despersonalizan» y se rebela contra «las masas que ellos [los individuos] forman cuando se juntan» (Unamuno 1958a: 535 y 541). Sin embargo, también llegará a identificar el espacio rural con la barbarie y abogará por las virtudes de la civilización, como en el ensayo «La civilización es civismo» (*La Nación* de Buenos Aires, 19-5-1907), donde se refiere al campesinado como a «[e]sa triste inconciencia de las masas desparramadas por el campo» (Unamuno 1958c: 450).

No obstante, en este cuento es clara la inclinación hacia el mundo rural, y de ahí que el narrador señale la vacilación del protagonista de abandonar su camino hacia la ciudad como «el momento supremo de su vida, el nudo de su destino» (Unamuno 1899: 120). De igual manera, se destaca la individualidad de la joven con la que se topa, plasmada en una imagen de fuerte carga erótica muy alejada de la vulgaridad de lo urbano:

Y nunca se le borró la imagen radiosa, subido el naciente pecho, en alto los encorvados brazos cual torneadas asas, recogiendo la flotante cabellera, entreabierta la boca como un lirio que pide rocío, y así ofreciéndose serena como ánfora viva henchida de miel compuesta con perfumado jugo de campesinas flores de la montaña (Unamuno 1899: 120).<sup>8</sup>

La muchacha, además, es presentada como una especie de ninfa y desde el motivo literario e iconográfico de resonancias mitológicas de la mujer sorprendida mientras se baña en un paraje idílico, lo que da al relato una sensación de ensoñación solo rota por el apéndice final. El beso de despedida de la joven mientras el protagonista duerme tiene, igualmente, cierto carácter misterioso, como de encantamiento, que resulta ineficaz ante la idea más tentadora de la vida urbana. En el ensayo-relato «El canto de las aguas eternas», de 1909, Unamuno retomó este tipo de figura misteriosa, aunque con carácter trágico: Maquetas, que va camino a un castillo, es atraído por una doncella que le convida al descanso con ella para poder,

---

<sup>8</sup> En el cuento «El poema vivo del amor», de 1899, de manifiesta alabanza de la vida rural, también describirá a la campesina que lleva del brazo a su padre ciego con similar entusiasmo, aunque despojada de cualquier matiz voluptuoso.

después, reanudar su marcha; al despedirse, ella le da un beso que resulta ser portador de muerte.

Es de resaltar la maestría de Unamuno al describir extensamente el amanecer, que redundando en el topos del *beatus ille*. En el citado «Ciudad y campo. De mis impresiones de Madrid», el novelista menciona sus paseos por los alrededores de Salamanca, donde su «vista reposa en la contemplación» (Unamuno 1958b: 535) y se contrapone a la sobreexcitación que encuentra en Madrid.

### TRANSCRIPCIÓN DE LOS TEXTOS

Reproduzco a continuación «La casa del indiano» y «De camino», acomodando la ortografía a los usos actuales. Excepto contados casos, he respetado la puntuación original. En el «Anexo», adjunto los textos tal y como se encuentran en el *Almanaque Peuser*.

#### La casa del indiano

Entre la edificación irregular, pintoresca, tentadora para el lápiz y el pincel, de la vieja ciudad de Betanzos —tan histórica, tan llena de recuerdos—, entre aquellos caserones de ancho soportal, que timbran jactanciosos escudos de armas, con cuartelones donde se retuercen los dragones heráldicos, enroscan su cuerpo escamoso las melusinas, despliegan [*sic*] su inmóvil ramaje los pinos de Piñeiro y se abren desafiando al otoño las cinco hojas simbólicas de Figueroa, vi, la tarde del día del Corpus, mientras pasaba la procesión, solemne desfile de santos y cirios, una casa diferente de todas, construida a la moderna: *la casa del indiano*.

Elévase en lo mejor del pueblo, casi frontera al ostentoso y macizo consistorio, del cual la separa el anchor de la dilatada plaza; y a un lado y otro de la vivienda del indiano se aprietan las moradas de estilo arcaico, bajas y recias, mientras el edificio nuevo levanta la frente y se gallardea por cima del austero horizonte de montaña —tan semejante a los horizontes de la italiana Umbría— que sirve de telón de fondo a la brigantina ciudad.

Con la serie de ideas que suscita esta casa, puede escribirse un libro entero de sociología y de economía política. En mí, la casa nueva desencadena una tormenta de encontrados sentimientos, al mirarla tan limpia y tan clara, tan flamante y tan geométrica, tan perfecta de herrajes y vidrieras, tan fastuosa de maderamen, tan adornada y reluciente de pisos, tan extranjerizada en su porte, que se diría un viajero acabado de bajarse del tren, vestido a la inglesa, inconfundible con los tipos comarcanos y las fisonomías locales. Si, como dice Taine, la vivienda es una especie de secreción, algo que acusa y denuncia el ideal del que la construyó y del que la habita, los dueños y moradores de la casa nueva, son gente diversísima de la que puebla a Betanzos; seres aparte entre los seres que vegetan olvidados y tranquilos en una ciudad de Galicia, actualmente decaída de su esplendor.

Y sin embargo, se equivocaría quien tal creyese. Los *indianos* salen de nosotros y a nosotros vuelven, sin haber perdido un átomo ni un perfil de su condición castiza y neta. Siguen siendo españoles y gallegos apasionados, lo mismo que al partir. No, más; mucho más. Quien se aleja de las costas de la patria, que son también las costas del terruño nativo, la margen sagrada donde el hogar doméstico espira su columna de humo, no conoce hasta qué profundidad llega el cariño a lo que deja por largo tiempo. Generalmente se emigra en la juventud (aunque yo he visto emigrar a un anciano de setenta años, pero se llevaba consigo a un nietecillo, escondido, por señas, en una arca); y en la juventud, los sentimientos no han tenido tiempo de enraizar, y la vida es una cuesta que subimos deseosos de ver qué se divisa allá desde lo alto, esperanzados en que será cosa buena, delicioso paraíso. La curiosidad, el instinto de variación, contribuyen a que se domine la *morriña*, y se acepte la reciente fase del destino. Por favorable que este sea, el emigrado, bien lo sabemos, sueña en volver. Mágico prestigio embellece a sus ojos lo que abandonó obedeciendo a la ley histórica de la incesante circulación de las razas en torno del planeta. No es solo el mundo el que da vueltas: también el hombre.

Sin duda que al resuelto a emigrar no le iría grandemente por aquí. Los pudientes se estacionan; y tampoco pasan el charco los que obtuvieron, por méritos o favor, ya el puesto preferente en lucrativas carreras, ya el bocadillo de esa mantecosa torta que llaman «lista civil de la clase media»; el empleo que, mejor o peor retribuido, tanto engolosina al español. Emigran los que no ven caer el maná; emigran los que solo conocen al Estado por las quintas y los impuestos y al Municipio por los consumos. Se emigra a buscar fortuna, y nadie busca lo que posee. Pues con

todo eso, y aun cuando la fortuna se deje asir de las alitas de oro, y la felicidad tienda las alas azules cobijando al emigrante, él aspira sin cesar a venirse a su tierra nativa, y disfrutar en ella lo adquirido. Así cae lluvia de dinero sobre nuestros campos, en la hucha de nuestros trabajadores.

Ahí tenéis, por ejemplo, al indiano de Betanzos, al de la lujosa casa: no hay industria, no hay oficio que no le deba estímulo eficaz. Da limosna, porque es caritativo; pero da trabajo. Desde el primer instante ha anunciado que solo admitirá obreros y artesanos del país, y los artísticos suelos de mosaico, las bien ensambladas y mejor talladas puertas, las elegantes chimeneas, los frisos de cedro y caoba, las escaleras de modelo reciente, todo lo labraron carpinteros y ebanistas, que pocas veces tendrán ocasión de emplearse en esta clase de obra... y que han demostrado que sirven para el caso. El edificio supongo que puede competir con los mejores de Buenos Aires, y también me figuro que, por su fábrica ligera y resistente, se asemeja a los de París... No me preguntéis si me gusta tanto como los vetustos caserones. Claro que no; por algo tengo temperamento de artista, prendado de lo que lleva el sello del tiempo, esa huella dulce del paso de los siglos, que lo embellece todo. Pero mis aficiones y caprichos míos no son del caso aquí. También me cautiva la hiedra y las parietarias que tapizan las paredes ruinosas; también me enamora su aspecto melancólico, su abandono y soledad. No sé si he dicho alguna vez en alguna parte, pero en fin lo digo ahora, y quizás lo digo porque me lo hicieron notar ciertos críticos franceses que publicaron recientemente impresiones acerca de mis trabajos literarios, que soy *doble*; que poseo dos *ojos*, uno que siente y quiere, otro que raciocina y juzga y muchas veces corrige y modifica del todo las impresiones del primero. Verbigracia, mi voluntad va hacia el Mediodía, cuando hace rumbo al Norte mi razón. Por eso la casa del indiano sin atraerme con el interés poético del caserío carcomido y de las ensoñadoras iglesias románicas y góticas, que ostentan las armas de Andrade, me gusta, quién lo duda, de otra manera, en otro concepto. La casa del indiano, tan diferente de cuanto la rodea, significa progreso, por el solo hecho de esa diferencia, pues el progreso, como enseña Herberto Spencer, no es caminar hacia arriba, sino hacia todas partes. La ley del progreso se formula así: en la redondez de la tierra, en la sociedad, en el gobierno, en la industria, en el lenguaje, en letras, artes y ciencias... es progreso la evolución de lo sencillo a lo complejo, de lo homogéneo a lo heterogéneo.

¿Os parecen muchas filosofías estas a propósito de una casa nueva en la plaza de una ciudad antigua? Es que esa casa podemos considerarla señal y fruto de importante fenómeno social, la tendencia que impulsa al hombre a dejar su patria y buscar empleo a su actividad en lejanas tierras. No es de hoy el fenómeno. Desde los tiempos que la historia desconoce, más tarde en los llamados *heroicos*, se emigraba constantemente, pero en son de guerra; en vez del trabajo, la sanguinaria irrupción; en vez de la adquisición honrada, el saqueo, el botín; riqueza arrebatada armas en mano, que en el día se gana con sudor y asiduidad. Antigua es como el mundo la repetición de este hecho: todo país rico, pingüe y floreciente, atrae a los emigrantes, como panal de miel al enjambre de moscas. Que esos emigrantes empuñen la espada o el instrumento, la ley se cumple. Ya los Argonautas, en la Cólquida, buscaban el vellocino de oro. Un solo caso citaré: al fastuoso estado egipcio, constructor de pirámides, lo invadieron las tribus nómadas, se apoderaron de él, desposeyeron a los monarcas y fundaron nueva dinastía, la de los *hicsos* o *reyes pastores*; y a su vez estos cedieron el poder a otros invasores nuevos, y a los persas, macedonios, romanos, sustituyen, cerca ya del siglo XX, los ingleses. Las que solemos llamar *dominaciones* y *conquistas* no son, científicamente hablando, sino *formas violentas de emigración*, y verdadero emigrante *oficial* es el centinela británico que guarda fusil al brazo las aduanas egipcias. No hay sino una diferencia, en la cual debemos parar la atención meditando: y es que si a las naciones decaídas y míseras se emigra aún en forma de conquista, a las prósperas y fuertes se emigra en son de paz y en demanda de riqueza y vida. Todavía existe otra ley que es preciso reconocer y admirar: el gran fervor de cultura que se produce al verificarse esas mescolanzas de pueblos, trasplantes y cambios de domicilio de las razas humanas —sea por medios violentos, sea por medios positivos—. No es solo el individuo el que aprende, se forma y se despabila viajando: también la humanidad.

Cuanto más puro, más homogéneo, más libre de elementos extraños aparece un pueblo, más atrasado, más ignorante, más supersticioso, más holgazán. Ved las tribus salvajes, ved los moros con su horror al *rumí* o cristiano; ved toda nación o raza que se quiere aislar y ser, moralmente, *isleña* en el mundo. Siempre la encontrareis o en lastimoso estado infantil, o cara al retroceso regresivo. Un eminente novelista argentino, Carlos María Ocantos, ha sentido muy bellamente esta ley natural en su novela *Promisión*. Existen sociólogos que creen que la mezcla y fusión de pueblos no puede realizarse sino por el atroz conducto de la guerra, derramando sangre a torrentes,

oprimiendo la raza invasora a la raza invadida. Estos tales debieran estudiar lo que sucede en América, en la América latina digo; la amalgama de pueblos que se verifica ahí, sin el bélico aparato de expediciones, conquistas con anexión, desembarcos, cañonazos, bombardeos, «muertes, asolamientos, fieros males» que dijo el poeta. No, para la amalgama de las Américas que son hermanas nuestras, se viaja seguro; el vapor presta sus alas de gasa, el tren ofrece sus entrañas de hierro, y el contacto de pueblos con pueblos se realiza bajo la norma del trabajo, que genera legalidad y orden. ¡Cuán verdad es, y cómo ha de demostrarla el tiempo en este siglo que ya asoma, que la heterogeneidad de los elementos étnicos es condición poderosa y base natural de la división del trabajo económico, y que por virtud de esa división se producen y se desenvuelven las grandes civilizaciones antiguas y modernas!

Sobre este hecho constante de la emigración y del contacto entre pueblos se funda únicamente la evolución histórica de las naciones y razas dominadoras: lo comprobamos del propio modo en la historia religiosa, la nuestra, la de nuestras creencias y nuestra fe secular. En el [A]ntiguo [T]estamento encontramos al pueblo de Dios siempre emigrando y amalgamándose: ya en Egipto, ya al través [sic] de la tierra prometida, ya al luchar y someter a sus vecinos, madianitas, filisteos, amorreos, samaritanos. En el Nuevo Testamento la propaganda del cristianismo se hace por vía de emigración: los apóstoles toman su báculo, ciñen sus correas y se esparcen por el mundo. No hay orilla a donde no haya abordado el discípulo, el confesor, el mártir. Y notad cómo se señala la diferencia de la idea antigua y del novísimo verbo: primero la guerra y la anexión, después la persuasión y la paz. Por ambos caminos advertiréis que la conquista del reino de Dios, el cumplimiento de los fines divinos, es incompatible con eso de quedarse quieto el hombre allí donde la suerte le hizo nacer.

De las dos Américas, una al menos, después de haber consolidado su independencia, no conoce más forma de obedecer al impulso progresivo que la pacífica emigración. ¡Bienaventurados los pacíficos, ellos valerosos! La energía se demuestra repartiendo vida, no sembrando muerte.

La otra América, la del Norte, se ha cansado de trabajar y renueva a estas alturas la primitiva expedición de pillaje, cubierta con el velo de una forma superior. A la América del Norte es aplicable este párrafo de un ilustre sociólogo moderno: «Más sinceros y francos los hombres primitivos, no aspiraban a parecer mejores de lo que eran, mientras las guerras de las naciones civilizadas se hacen desplegando

bandera retórica, con frases bonitas, bajo pretexto de ideas civilizadoras y políticas, por la *libertad*, por la *humanidad*, por la *nacionalidad*, por la *fe*, o cuando menos por el *equilibrio europeo*. Actualmente una nación victoriosa no se contenta con algunos caballos y asnos, como los apaches, ni con rebaños, como los kirguisos, ni con docenas de cabras, como los albaneses; sino que del negocio saca millones. ¡Aquí está la diferencia!».

¿Decía yo mal al afirmar que sugiere largas reflexiones la casa del indiano? Mirábamos sus vidrieras fulgurantes, que encendía el sol, sus balcones de mármol, su elevada azotea, desde la cual tan mágica vista se goza, de río, de campiña, de apiñadas casas, de verdes laderas, y pensaba que ahora necesitamos los españoles comunicarnos incesantemente con la familia humana de allende el Atlántico, que al recibir de su seno elementos tan varios y distintos, los incorpora a su ibérica sangre, y forma una raza; pues la unidad de las razas no pende de la unidad de origen en los ciudadanos que la componen, sino del desarrollo de sucesos que a todos interesen y obliguen a la fusión: por eso se ha dicho que a los pueblos los unen las guerras. Las soñadas razas puras ya casi no existen en el mundo, como no sea en algún salvaje islote. Por eso no se entienden los que hablan de *raza latina*, y no cuidan de advertir que una cosa es la identificación de raza y otra es la comunidad de origen.

También quisiera yo emigrar algún tiempo, y probar, como probó este indiano y prueban tantos otros, en esferas muy varias, la emoción del trasplanto [*sic*] y la alegría sentimental del regreso. Cuando veo esos buques que parten de la bahía de Marineda repletos de individuos, y pienso que ellos aprenderán prácticamente tantas cosas como ignoran, verán regiones nuevas, desconocidos emporios, descubrirán por cuenta propia otro continente, pues cada cual es un pequeño Colón, y desembarcarán tan lejos, y oirán que los saluda en el puerto de arribada la misma lengua española que al marchar los despidió... se me renueva el ansia que también sentía Castelar, el cual tantas veces ponderaba lo hermoso que sería ir a hablar ante un auditorio americano... ¿Por qué no lo hago? ¡Porque no es tan fácil hinchar un perro! Se necesita no solamente salud y humor, sino además, una complexión resistente al mal de los males, al sufrimiento de los sufrimientos, al horrible mareo marino... Los que pueden cruzar tranquilos el puente de un transatlántico, aspirar el olor peculiar de la máquina, advertir el cabeceo, la oscilación de todo buque aun cuando se encuentre anclado y al parecer inmóvil, y no sentir al punto la basca, la angustia, la aflicción de agonía que acompaña a los prodromos de ese trastorno por añadidura

innoble y ridículo... ¡qué felices! No saben cuánto les he envidiado. Porque morir sin ver surgir del fondo del Océano las estrellas del otro hemisferio, de que habla en sus *Trofeos* Heredia, es doloroso. Y más, cuando tales estrellas no son las del pabellón de mal agüero que nos ha servido de sudario. Hay más constelaciones; nos alumbraba mejor la *Cruz del Sur*.

Emilia Pardo Bazán  
Torres de Meirás – 1899

### De camino

Iba con su maleta al hombro, a probar fortuna en la ciudad, donde un pariente, establecido ya de antiguo en ella, le esperaba para iniciarle en nueva vida. La pobre aldehuela no podía mantener tanta gente, puesto que la esquilhada tierra no alcanzaba a dar tanto fruto como hijos las familias. Y después de todo ¿qué iban a hacer los pobres? ¿qué otro consuelo les quedaba que irradiar vida para consolarse de ella?

Ellos eran siete hermanos y tenían, por fuerza, que buscarse el sustento de algún modo.

– ¡Anda, vete –le dijo su padre– y hazte hombre!

Y esto dicho, se fue tranquilo a trabajar, porque su vida no era más que trabajo. Su madre le repitió una vez más que «no te olvides de aquello...» y luego, «¡ven acá!», le dio un beso silencioso y apretado y añadió por último: «¡Aprende a vivir!». Sus hermanos se quedaron mirándole mientras se perdía en el camino, llenos de envidia hacia el que se iba a lo desconocido.

Dejó a la aldea sumida en su monótona labor cotidiana, adormilada bajo el sol. Al cruzar la alameda le dio una congoja. ¡Cuánto había soñado bajo aquellos árboles! Y allí se quedaban, mirándose temblar en las aguas del río, ahondando sus raíces en su cuna misma, cuna que llegaría a ser su sepultura, nutriendo la savia, que les vestía por primavera de hoja, de los despojos, convertidos en mantillo de su follaje otoñal.

Al pasar junto al molino cruzó con el tío Sentencias, el molinero, que guiaba unos tardos bueyes.

– ¿Qué es eso, chiquillo? ¿A la ciudad?

– ¡Sí, a ganarme la vida!



– ¿A ganarte la vida...? ¡Que no te gane ella y así te pierdas...!

Y le dejó ir mientras quedaba pensando: «Este mozo tiene una grillera en la cabeza... Milagro será que no le dé por cómico o poeta... o ¿quién sabe? por titiritero acaso... Ponía mucho cuidado y afán en las comedias, como si no fuesen cosa de juego. Y lo que es para el trabajo... En fin, que Dios le ayude, y me libre de malos pensamientos».

Llevaba ya dos días de marcha, deteniéndose en los pueblecillos, y solo le faltaba franquear la montaña de Peñanuda para dar vista a la ciudad, cuya imagen indecisa iba convirtiendo en el nido de sus vagos ensueños. Allí trabajaría de firme, y aún le sobraría tiempo para vivir, para vivir de veras.

Al tercer día salió de Aldeanueva antes de romper el alba, emprendiendo la larga subida a Peñanuda. A medida que ascendía el mozo iba rompiendo perezosamente el albor envuelto en espesa bruma que cuajaba poco a poco, batida por la brisa. Encontróse de pronto sumergido en un océano vaporoso, en cuyo lecho diluían los árboles sus contornos a guisa de quietos corales submarinos. Las viviendas todas de Aldeanueva, que dejó tras de sí, formaban a distancia un homogéneo macizo gris, una unidad compacta. Habíansele desvanecido las lontananzas y en el así reducido espacio sustanciado merced a la niebla, se disolvían los cuerpos todos. Y al contraerse el espacio visible de tal suerte, barruntábase más allá de sus humosos horizontes un inmenso espacio invisible. El caminante, esponjado en niebla, soñaba con una inmensa ciudad indecisa, rebosante de placeres inimaginables, rumorosa de vida y preñada de amor.

Entre tanto parecía como si una intensa conmoción íntima, sacudiendo las entrañas de las cosas todas, las hubiese hecho extravasarse, licuadas, de las materiales formas que las contuvieran, y que esas entrañas, unas con otras fundidas en niebla, llenaban el ámbito en que flotaban las vacías películas que las encerraron. El caminante soñaba en nuevos amigos, sin nombre ni fisonomía, en mozas de mirar vivífico, en íntima fusión de entrañas espirituales. En la ciudad, muerto el egoísmo aislador del trabajo, debían de vivir todos de la misma vida, de una vida comunicativa y difusa.

Allá abajo, en la ribera, vislumbrábase, bajo los flotantes vapores, a las aguas asentadas del río, de donde la niebla surgía. Y allá arriba el achicado disco solar cerníase blanquecino como bogando por el campo de aquel océano nebuloso. Luchaba el sol con la niebla, queriendo quebrantarla. A ratos se distendía a trechos la

bruma o empezaba a azularse el cielo, mas al punto nuevas ondas venían a velar de nuevo al sol. Fue una lucha silenciosa y terca hasta que el foco de luz logró romper la niebla deshaciéndola en girones [sic] que subieron a recogerse en el azul cerúleo para bogar por él en nubes de esfumados contornos. Aquí y allí se agarraban en un último esfuerzo al ramaje de los árboles, como vellones a las zarzas, mientras a lo largo del río seguía aún la bruma abrazada a las aguas, apurando sus besos. A lo lejos había como lagos de niebla descansando en los campos, refugiados en las honduras del terreno. Y entonces las casas, los árboles, los peñascos, las colinas, la sierra, todo se destacó en su puesto y con acusado relieve en la extensión del campo. Había vencido el sol que desune las formas iluminando sus perfiles, el sol que encasilla en el espacio visible los objetos, y con sus sombras los separa unos de otros. El antes macizo homogéneo de la lejana aldea destacábase en el fondo del valle ahora como caleidoscópico mosaico, siendo la armonía compacta que sus viviendas formaban como eco de la anterior unidad brumosa que en uno las fundiera. Y al otro lado de la montaña estaba la ciudad luminosa, rebosando de alegría y de fiestas en que se trabaja para gozar.

A todo esto el sol empezaba a picar, y el caminante apretaba el paso, aligerándole los pies para subir la penosa cuesta su ansia por divisar cuanto antes la ciudad soñada. Oía la propia respiración y sentía el vaho de la respiración de la caldeada tierra. Allí arriba, en el puerto, entre dos lomas, había una arboleda, donde se detendría a comer y a descansar. Iba haciéndose tarde y el cuerpo le pedía refrigerio.

Cuando llegó cerca del alto, a la arboleda, oyó que de esta salía un gorjeo humano, un canto virginal, rosario de frescos gorgoritos, explosión de vida desbordante, canto selvático, sin melodía definida alguna, fruto del placer de respirar salud. Filtradas por los fresnos de la arboleda parecían aquellas notas una oda al campo, salvajemente idílica. A su compás caprichoso bailaban sobre un escaramujo una danza aérea dos mariposas.

Tras breve detención de un momento, penetró resuelto el caminante en la umbría del soto, a punto que el gorjeo se cortaba. Y de pronto se paró suspenso. En un arroyo se lavaba los pies una muchacha. Lanzó un grito la moza al verse sorprendida, encendiósele el rostro y estiró las faldas sobre los desnudos pies.

– No, no te asustes, que soy de paz –le dijo el caminante.

La moza no respondió al pronto. Las aguas del arroyo, chachareando entre las guijas, le abrazaban los rosados pies, ciñéndoselos de espumilla. Eran sus ojos azules fuentes de un mirar limpio de intención alguna, flotaba suelta su cabellera como sutil follaje de su rostro, y parecía exhalar en torno vaho espiritual de serenidad campestre.

– Es como mejor descansan los pies después de una caminata –dijo, sosegada ya, mientras sacaba de un [h]atillo, que a su lado tenía, un pañuelo con que enjugarse los pies, calzándoselos en seguida.

Y al recogerse luego los cabellos, sacando el naciente pecho al levantar los brazos encorvados para arreglárselos, parecía ofrecerse como ánfora viva henchida de miel campestre. Sintió el caminante que el corazón le golpeaba el pecho y que la sangre le anudaba la garganta. ¿Qué más ciudad que aquella?

– Este es buen sitio para descansar y comer –dijo el joven.

– Sí –contestó la moza– aquí traigo mi merienda... para mí me sobra...

– Y también yo la traigo... ¡partiremos!

Fuéronse silenciosos a un recodo, junto a una fuente, se sentaron, y sacó cada uno su condumio.

– Empiezan ya a acortar los días– dijo la muchacha con el primer bocado entre dientes.

– Sí, quedan ya pocas horas de poder caminar...

– Se camina de noche...

– ¿De noche?

– Sí, es mejor, pesa menos el cuerpo y no distrae el campo.

– Pero...

– ¿Tienes miedo a las brujas? –y se echó a reír la moza, mientras el muchacho se desconcertaba.

– Ya se pisa hoja seca –dijo el caminante.

– Sí, pronto quedarán los árboles pelados... ¡pobrecitos!

– ¡Qué pesado es esto de andar!

– ¡Bah! Lo andado, andado, y mañana será otro día.

– Está bien este descansadero...

– Ahora debemos tendernos un poco bajo un árbol y reposar...

Y así lo hicieron, echándose bajo sendos árboles. Y el muchacho se decía: «Pero, ¿cómo va así de camino, sola, una niña como ésta? Porque es poco más que

una niña. ¿Por qué huirá de la ciudad a que yo corro?». Y sentía con violentas palpitaciones avisos del corazón, vivos deseos de renunciar a sus ensueños y de irse con ella, con la desconocida, a correr mundo a la buena ventura, comiendo en las arboledas, junto a las fuentes, mirándose en los ojos azules de la niña, y contándose uno a otro trivialidades preñadas de dulzura. Quedóse dormido y no soñó.

Despertóle el corazón que nunca duerme. Alguna flor se había deshecho sobre su sueño, perfumándole el alma adormecida. Abrió los ojos y vio sobre su mirada la mirada azul de la niña, que con una risa estallada le hizo vibrar las entrañas, de extraño deleite.

— ¡Te has asustado!

— ¿Qué es ello?

— Nada, que se hace tarde y antes de irme me despedía... ¡dándote un beso!

El muchacho se levantó entonces de un salto, quiso agarrar a la niña, pero ella se le esquivó con esguince de corza. Siguióla y ya en el camino la niña se detuvo y le mostró con el dedo un punto en la lejanía, al lado opuesto de aquel por donde el mozo había subido. Allá en el fondo, se dibujaba la ciudad. ¡Y era aquello la ciudad! ¡Aquel poblacho inmenso tendido en la llanura, silencioso y reposado!

— ¡Hermosa ciudad! —dijo él por decir algo.

— Más hermoso el campo...

— ¿El campo?

— Eres un bobín... ¡bien se conoce!

Y él entonces, sin saber bien lo que se hacía, como enajenado, la cogió en sus brazos, la apretó contra su cuerpo hasta sentir como propio el calor de su vida palpitante, apoyó su mejilla sobre la de la niña y las oprimió una contra otra. ¡Qué ansia de libar la miel campestre de aquella ánfora viva de carne virginal! ¡Qué aroma de flores campesinas exhalaba! Mas sobrecogido al punto de vergüenza por lo que había hecho, se separó de ella con lágrimas en los ojos.

— Vaya, adiós, y que tengas suerte —exclamó la moza, emprendiendo su marcha.

— ¡Buen viaje! —contestó él, y se quedó mirándola marchar, embobecido, como bajo la incubación del misterio. Fue el momento supremo de su vida, el nudo de su destino.

Y siguió mirándola. Bajaba la moza la cuesta con presteza, más bien que andando volando a ras del suelo, con un ritmo selvático y libre, como el del gorjeo

con que animó la arboleda. Había ya cuajado la niebla vespertina y el mar brumoso iba invadiendo uno y otro valle. Poco a poco iba la niña entrando en él, y al cabo la forma indecisa de su airoso cuerpo se perdió como una nubecilla en la bruma, de donde surgía un gorjeo humano, canto del ave sumergida en el mar, embrión de melodía rural.

Volvióse entonces el caminante a mirar al otro valle y no divisó ya a la ciudad. Compacta bruma de indecisos presentimientos le cubría a la vez el alma. ¿Por qué no se había ido con aquella niña de mirar sereno, a correr mundo a la buena ventura, por senderos y veredas, sesteando en los sotos, junto a las fuentes, lavándose en los mansos arroyos los cansados pies, nutriéndose de brisa libre y de campestres frutos y de besos espontáneos como las flores perfumadas de la montaña? ¿Por qué no hacía de su vida una caminata descuidada y errabunda, sin rumbo ni meta?

Emprendió la bajada y pronto volvió a verse envuelto en la bruma.

\*\*\*

Cuando hoy, anegado en los pesares del desengaño, recuerda el cansado caminante de la vida su marcha juvenil a la ciudad, de su memoria resurge luminosa y perfumada la visión de aquella niña que de la ciudad huía. En triviales palabras se vertieron las candidas almas, en triviales palabras que fueron pura música sin letra de sentido. No se preguntaron uno a otro ni quiénes eran, ni de dónde venían, ni a dónde iban; no se preguntaron siquiera los nombres a que respondían, mas estuvieron después siempre deseándose. Llevó el antiguo caminante siempre en el alma el beso de aquel despertar bajo los fresnos, y más de una vez miró a lo alto de la montaña, al puerto de la sierra, remordiéndose de no haberse ido a correr mundo a la buena ventura, por veredas y senderos, con la niña del mirar azul limpio de intención alguna, y de la cabellera como sutil follaje de su rostro. Y nunca se le borró la imagen radiosa, subido el naciente pecho, en alto los encorvados brazos cual torneadas asas, recogiendo la flotante cabellera, entreabierto la boca como un lirio que pide rocío, y así ofreciéndose serena como ánfora viva henchida de miel compuesta con perfumado jugo de campesinas flores de la montaña.

Miguel de Unamuno

## BIBLIOGRAFÍA EMPLEADA

- ANÓNIMO (1899), «Menudencias», *Caras y Caretas*, 23 de diciembre, p. 37.
- A. ARCAÏ BARRAL (2018), «A usted que le gusta viajar: el Betanzos de los hermanos García Naveira», en *Historia y Patrimonio Cultural. Memoria del 56.º Congreso Internacional de Americanistas*, ed. M. Alcántara et al., Salamanca, Universidad, pp. 91-102.
- C. (1900), «Libros presentados a esta dirección por autores o editores», *La Ilustración Española y Americana*, 15 de febrero, pp. 99-100.
- R. DARÍO (1899), «Salutación a Leonardo», *Almanaque Peuser para 1900*, p. 53.
- S. de la FUENTE GARCÍA (1999), [«Los hermanos García Naveira y sus fundaciones»](#), *Anuario Brigantino*, 22, pp. 395-434.
- L. GONZÁLEZ EGIDO (1983), *Salamanca, la gran metáfora de Unamuno*, Salamanca, Universidad.
- L. GUMPLOWICZ (s. f.), *La lucha de razas*, Madrid, La España Moderna.
- J.-M. de HEREDIA (1893), *Les trophées*, Paris, Chez Alphonse Lemerre.
- E. LAFUENTE (2009), «La figura del indiano y el viaje a América en la narrativa breve de Pardo Bazán», en *La literatura de Emilia Pardo Bazán*, ed. J. M. González Herrán et al., A Coruña, Fundación Caixa Galicia, pp. 411-423.
- E. LAZÁRRAGA (1898), «Nota importante», *Almanaque Peuser para 1899*, p. 176.
- L. LITVAK (1990), *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos.
- C. MALAGARRIGA (1900), «El arte español en Buenos Aires», *El Álbum Ibero-Americano*, 28 de febrero, pp. 87-88.
- E. PARDO BAZÁN (1899), «La casa del indiano», *Almanaque Peuser para 1900*, pp. 86-88.
- E. PARDO BAZÁN (1900a), «La vida moderna. Progreso. Cuestión de razas», *La Ilustración Artística*, 18 de junio, p. 394.
- E. PARDO BAZÁN (1900b), «En la exposición. La América Latina», *El Imparcial*, 7 de septiembre, p. 1.
- E. PARDO BAZÁN (2015), *Los pazos de Ulloa*, ed. M. Amores, T. Barjau y R. Martín, Barcelona, Vicens Vives.
- B. PÉREZ GALDÓS (1896), «... ¿Qué piensa usted del estado actual de la conciencia humana?», *Almanaque Peuser para 1896*, pp. 114-115.
- J. PEUSER (1887), «Prólogo del editor», *Almanaque Peuser para 1888*, p. 4.

- H. SPENCER (s. f.), *El progreso: su ley y su causa*, Madrid, La España Moderna.
- M. de UNAMUNO (1899), «De camino», *Almanque Peuser para 1900*, pp. 117-120.
- M. de UNAMUNO (1958a), *Obras completas I. Paisaje*, ed. Manuel García Blanco, Madrid, Afrodisio Aguado.
- M. de UNAMUNO (1958b), *Obras completas III. Ensayo I*, ed. M. García Blanco, Madrid, Afrodisio Aguado.
- M. de UNAMUNO (1958c), *Obras completas IV. Ensayo II*, ed. M. García Blanco, Madrid, Afrodisio Aguado.
- M. de UNAMUNO (2017a), *Cuentos completos*, ed. J. O. Carrascosa Tinoco, Madrid, Páginas de Espuma.
- M. de UNAMUNO (2017b), *Epistolario I (1880-1899)*, ed. C. y J.-C. Rabaté, Salamanca, Universidad.
- M. M. de URGOITI (1923), «Cincuenta días en América del Sur», *La Voz*, 12 de mayo, p. 4.

ANEXO

## LA CASA DEL INDIANO

Entre la edificación irregular, pintoresca, tentadora para el lápiz y el pincel, de la vieja ciudad de Betanzos,—tan histórica, tan llena de recuerdos:—entre aquellos case-rones de ancho soportal, que timbran jactanciosos escudos de armas, con cuarteles donde se retuercen los dragones heráldicos, enroscan su cuerpo escamoso las melusinas, despliegan su inmóvil ramaje los pinos de Piñeiro y se abren desafiando al otoño las cinco hojas simbólicas de Figueroa, vi, la tarde del día de Corpus, mientras pasaba la procesión, solemne desfile de santos y cirios, una casa diferente de todas, construida á la moderna : *la casa del indiano*.

Elévase en lo mejor del pueblo, casi frontera al ostentoso y macizo consistorio, del cual la separa el anclor de la dilatada plaza; y á un lado y otro de la vivienda del indiano se aprietan las moradas de estilo arcáico, bajas y recias, mientras el edificio nuevo levanta la frente y se gallardea por cima del austero horizonte de montaña—tan semejante á los horizontes de la italiana Umbría—que sirve de telón de fondo á la brigantina ciudad.

Con la serie de ideas que suscita esta casa, puede escribirse un libro entero de sociología y de economía política. En mí, la casa nueva, desencadena una tormenta de encontrados sentimientos, al mirarla tan limpia y tan clara, tan flamante y tan geométrica, tan perfecta de herrajes y vidrieras, tan fastuosa de maderamen, tan adornada y reluciente de pisos, tan extranjerizada en su porte, que se diría un viajero acabado de bajarse del tren, vestido á la inglesa, inconfundible con los tipos comarcanos y las fisonomías locales. Si, como dice Taine, la vivienda es una especie de secreción, algo que acusa y denuncia el ideal del que la construyó y del que la habita, los dueños y moradores de la casa nueva, son gente diversísima de la que puebla á Betanzos; seres aparte entre los seres que vegetan olvidados y tranquilos en una ciudad de Galicia, actualmente decaída de su esplendor.

Y sin embargo, se equivocaría quien tal creyese. Los *indianos* salen de nosotros y á nosotros vuelven, sin haber perdido un átomo ni un perfil de su condición castiza y neta. Siguen siendo españoles y gallegos apasionados, lo mismo que al partir. No, más; mucho más. Quien se aleja de las costas de la patria, que son también las costas del terruño nativo, la margen sagrada donde el hogar doméstico espira su columna de humo, no conoce hasta qué profundidad llega el cariño á lo que deja por largo tiempo. Generalmente se emigra en la juventud (aunque yo he visto emigrar á un anciano de setenta años, pero se llevaba consigo á un nietecillo, escondido, por señas, en una arca); y en la juventud, los sentimientos no han tenido tiempo de enraizar, y la vida es una cuesta que subimos descosos de ver qué se divisa allá desde lo alto, esperanzados en que será cosa buena, delicioso paraíso. La curiosidad, el instinto de variación, contribuyen á que se domine la *morriña*, y se acepte la reciente fase del destino. Por favorable que este sea, el emigrado, bien lo sabemos, sueña en volver. Mágico prestigio embellece á sus ojos lo que abandonó obedeciendo á la ley histórica de la incesante circulación de las razas en torno del planeta. No es sólo el mundo el que da vueltas; también el hombre.

Sin duda que al resuelto á emigrar no le iría grandemente por aquí. Los pudientes se estacionan; y tampoco pasan el charco los que obtuvieron, por méritos ó favor, ya el puesto preferente en lucrativas carreras, ya el bocadillo de esa mantecosa torta que llaman « lista civil de la clase media »; el empleo que, mejor ó peor retribuido, tanto engolosina al español. Emigran los que no ven caer el maná; emigran los que sólo conocen al Estado por las quintas y los impuestos y al Municipio por los consumos. Se emigra á buscar fortuna, y nadie busca lo que posee. Pues con todo eso, y aun cuando la fortuna se deje asir de las alitas de oro, y la felicidad tienda las alas azules cobijando al emigrante, él aspira sin cesar á venirse á su tierra nativa, y disfrutar en ella lo adquirido. Así cae lluvia de dinero sobre nuestros campos, en la hucha de nuestros trabajadores.

Ahí teneis, por ejemplo, al indiano de Betanzos, al de la lujosa casa: no hay industria, no hay oficio que no le deba estímulo eficaz. Da limosna, porque es caritativo; pero da trabajo. Desde el primer instante ha anunciado que sólo admitirá obreros y artesanos del país; y los artísticos suelos de mosaico, las bien ensambladas y mejor talladas puertas, las elegantes chimeneas, los frisos de cedro y caoba, las escaleras de modelo reciente, todo lo labraron carpinteros y ebanistas, que pocas veces tendrán



ocasión de emplearse en esta clase de obra. . . . y que han demostrado que sirven para el caso. El edificio supongo que puede competir con los mejores de Buenos Aires, y también me figuro que, por su fábrica ligera y resistente, se asemeja á los de París. . . . No me preguntéis si me gusta tanto como los vetustos caserones. Claro que no; por algo tengo temperamento de artista, prendado de lo que lleva el sello del tiempo, esa huella dulce del paso de los siglos, que lo embellece todo. Pero mis aficiones y caprichos míos no son del caso aquí. También me cautiva la hiedra y las parietarias que tapizan las paredes ruinosas; también me enamora su aspecto melancólico, su abandono y soledad. No sé si he dicho alguna vez en alguna parte, pero en fin lo digo ahora, y quizás lo digo porque me lo hicieron notar ciertos críticos franceses que publicaron recientemente impresiones acerca de mis trabajos literarios, que soy *double*; que poseo dos *ojos*, uno que siente y quiere, otro que raciocina y juzga y muchas veces corrige y modifica del todo las impresiones del primero. Verbigracia, mi voluntad va hacia el Mediodía, cuando hace rumbo al Norte mi razón. Por eso la casa del indiano sin atraerme con el interés poético del caserío carcomido y de las ensoñadoras iglesias románicas y góticas, que ostentan las armas de Andrade, me gusta, quien lo duda, de otra manera, en otro concepto. La casa del indiano, tan diferente de cuanto la rodea, significa progreso, por el sólo hecho de esa diferencia, pues el progreso, como enseña Herberto Spencer, no es caminar hacia arriba, sino hacia todas partes. La ley del progreso se formula así: en la redondez de la tierra, en la sociedad, en el gobierno, en la industria, en el lenguaje, en letras, artes y ciencias. . . . es progreso la evolución de lo sencillo á lo complejo, de lo homogéneo á lo heterogéneo.

¿Os parecen muchas filosofías estas á propósito de una casa nueva en la plaza de una ciudad antigua? Es que esa casa podemos considerarla señal y fruto de importante fenómeno social, la tendencia que impulsa al hombre á dejar su patria y buscar empleo á su actividad en lejanas tierras. No es de hoy el fenómeno. Desde los tiempos que la historia desconoce, más tarde en los llamados *heróicos*, se emigraba constantemente, pero en son de guerra; en vez del trabajo, la sanguinaria irrupción; en vez de la adquisición honrada, el saqueo, el botín; riqueza arrebatada armas en mano, que en el día se gana con sudor y asiduidad. Antigua es como el mundo la repetición de este hecho: todo país rico, pingüe y floreciente, atrae á los emigrantes, como panal de miel al enjambre de moscas. Que esos emigrantes empuñen la espada ó el instrumento, la ley se cumple. Ya los Argonautas, en la Cólquida, buscaban el vellocino de oro. Un sólo caso citaré: al fastuoso estado egipcio, constructor de pirámides, lo invadieron las tribus nómadas, se apoderaron de él, desposeyeron á los monarcas y fundaron nueva dinastía, la de los *hicsos* ó *reyes pastores*; y á su vez estos cedieron el poder á otros invasores nuevos, y á los persas, macedonios, romanos, sustituyen, cerca ya del siglo XX, los ingleses. Las que solemos llamar *dominaciones* y *conquistas* no son, científicamente hablando, sino *formas violentas de emigración*, y verdadero emigrante *oficial* es el centinela británico que guarda fusil al brazo las aduanas egipcias. No hay sino una diferencia, en la cual debemos parar la atención meditando: y es que si á las naciones decaídas y miserables se emigra aún en forma de conquista, á las prósperas y fuertes se emigra en son de paz y en demanda de riqueza y vida. Todavía existe otra ley que es preciso reconocer y admirar: el gran fervor de cultura que se produce al verificarse esas mescolanzas de pueblos, trasplantes y cambios de domicilio de las razas humanas— sea por medios violentos, sea por medios positivos. No es sólo el individuo el que aprende, se forma y se despabila viajando: también la humanidad.

Cuanto más puro, más homogéneo, más libre de elementos extraños aparece un pueblo, más atrasado, más ignorante, más supersticioso, más holgazán. Ved las tribus salvajes, ved los moros con su horror al *rumi* ó cristiano; ved toda nación ó raza que se quiere aislar y ser, moralmente, *isleña* en el mundo. Siempre la encontraréis ó en lastimoso estado infantil, ó cara al retroceso regresivo. Un eminente novelista argentino, Carlos María Ocantos, ha sentido muy bellamente esta ley natural, en su novela *Promisión*. Existen sociólogos que creen que la mezcla y fusión de pueblos no puede realizarse sino por el atroz conducto de la guerra, derramando sangre á torrentes, oprimiendo la raza invasora á la raza invadida. Estos tales debieran estudiar lo que sucede en América, en la América latina digo; la amalgama de pueblos que se verifica ahí, sin el bélico aparato de expediciones, conquistas con anexión, desembarcos, cañonazos, bombardeos, « muertes, asolamientos, fieros males, » que dijo el poeta. No; para la amalgama de las Américas que son hermanas nuestras, se viaja seguro; el vapor presta sus alas de gasa, el tren ofrece sus entrañas de hierro, y el contacto de pueblos con pueblos se realiza bajo la norma del trabajo, que genera legalidad y orden. Cuán verdad es, y cómo ha de demostrarla el tiempo en este siglo que ya asoma, que la heterogeneidad de los elementos étnicos es condición poderosa y base natural de la división del trabajo económico, y que por virtud de esa división se producen y se desenvuelven las grandes civilizaciones antiguas y modernas!

Sobre este hecho constante de la emigración y del contacto entre pueblos se funda únicamente la evolución histórica de las naciones y razas dominadoras: lo comprobamos del propio modo en la historia religiosa, la nuestra, la de nuestras creencias y nuestra fe secular. En el antiguo testamento encontramos al pueblo de Dios siempre emigrando y amalgamándose: ya en Egipto, ya al través de la tierra prometida, ya al luchar y someter á sus vecinos, madianitas, filisteos, amorreos, samaritanos. En el Nuevo Testamento la propaganda del cristianismo se hace por vía de emigración: los apóstoles toman su báculo, ciñen sus correas y se esparcen por el mundo. No hay orilla á donde no haya abordado el discípulo, el confesor, el mártir. Y notad como se señala la diferencia de la idea antigua y del novísimo verbo: primero la guerra y la anexión, después la persuasión y la paz. Por ambos caminos advertireis que la conquista del reino de Dios, el cumplimiento de los fines divinos, es incompatible con eso de quedarse quieto el hombre allí donde la suerte, le hizo nacer.

De las dos Américas, una al menos, después de haber consolidado su independencia, no conoce más forma de obedecer al impulso progresivo, que la pacífica emigración. ¡Bienaventurados los pacíficos, ellos valerosos! La energía se demuestra repartiendo vida, no sembrando muerte.

La otra América, la del Norte, se ha cansado de trabajar y renueva á estas alturas la primitiva expedición de pillaje, cubierta con el velo de una forma superior. A la América del Norte es aplicable este párrafo de un ilustre sociólogo moderno: « Más sinceros y francos los hombres primitivos, no aspiraban á parecer mejores de lo que eran, mientras las guerras de las naciones civilizadas se hacen desplegando bandera retórica, con frases bonitas, bajo pretexto de ideas civilizadoras y políticas, por la *libertad*, por la *humanidad*, por la *nacionalidad*, por la *fe*, ó cuando menos por el *equilibrio europeo*. Actualmente una nación victoriosa, no se contenta con algunos caballos y asnos, como los apaches, ni con rebaños, como los kirguisos, ni con dos docenas de cabras, como los albaneses; sino que del negocio saca millones. Aquí está la diferencia! »

¿Decía yo mal al afirmar que sugiere largas reflexiones la casa del indiano? Mirá-bamos sus vidrieras fulgurantes, que encendía el sol, sus balcones de mármol, su elevada azotea, desde la cual tan mágica vista se goza, de río, de campiña, de apiñadas casas, de verdes laderas, y pensaba que ahora necesitamos los españoles comunicarnos incesantemente con la familia humana de allende el Atlántico, que al recibir de su seno elementos tan varios y distintos, los incorpora á su ibérica sangre, y forma una raza; pues la unidad de las razas no pende de la unidad de origen en los ciudadanos que la componen, sino del desarrollo de sucesos que á todos interesen y obliguen á la fusión: por eso se ha dicho que á los pueblos los unen las guerras. Las soñadas razas puras ya casi no existen en el mundo, como no sea en algún salvaje islote. Por eso no se entienden los que hablan de *raza latina*, y no cuidan de advertir que una cosa es la identificación de raza y otra es la comunidad de origen.

También quisiera yo emigrar algún tiempo, y probar, como probó este indiano y prueban tantos otros, en esferas muy varias, la emoción del trasplanto y la alegría sentimental del regreso. Cuando veo esos buques que parten de la bahía de Marinada repletos de individuos, y pienso que ellos aprenderán prácticamente tantas cosas como ignoran, verán regiones nuevas, desconocidos emporios, descubrirán por cuenta propia otro continente, pues cada cual es un pequeño Colón, y desembarcarán tan lejos, y oirán que los saluda en el puerto de arribada la misma lengua española que al marchar los despidió.... se me renueva el ansia que también sentía Castelar, el cual tantas veces ponderaba lo hermoso que sería ir á hablar ante un auditorio americano..... ¿Por qué no lo hago? — ¡Porque no es tan fácil hinchar un perro! Se necesita no solamente salud y humor, sino además, una complexión resistente al mal de los males, al sufrimiento de los sufrimientos, al horrible mareo marino..... Los que pueden cruzar tranquilos el puente de un transatlántico, aspirar el olor peculiar de la máquina, advertir el cabeceo, la oscilación de todo buque aun cuando se encuentre anclado y al parecer inmóvil, y no sentir al punto la basca, la angustia, la aflicción de agonía que acompaña á los prodromos de ese trastorno por añadidura innoble y ridículo... qué felices! No saben cuanto les he envidiado. Porque morirse sin ver surgir del fondo del Océano las estrellas del otro hemisferio, de que habla en sus *Trofeos* Heredia, es doloroso. Y más, cuando tales estrellas no son las del pabellón de mal agüero que nos ha servido de sudario. Hay más constelaciones; nos alumbra mejor la *Cruz del Sur*.

Emilia Pardo Bazán.

Torres de Meirás—1899.

## DE CAMINO

Iba con su maleta al hombro, á probar fortuna en la ciudad, donde un pariente, establecido ya de antiguo en ella, le esperaba para iniciarle en nueva vida. La pobre aldehuela no podía mantener tanta gente, puesto que la esquilmada tierra no alcanzaba á dar tanto fruto como hijos las familias. Y después de todo ¿qué iban á hacer los pobres? ¿qué otro consuelo les quedaba que irradiar vida para consolarse de ella?

Ellos eran siete hermanos y tenían, por fuerza, que buscarse el sustento de algún modo.

— Anda, vete, — le dijo su padre— y hazte hombre!

Y esto dicho, se fué tranquilo á trabajar, porque su vida no era más que trabajo. Su madre le repitió una vez más « que no te olvides de aquello... » y luego, « ven acá! » le dió un beso silencioso y apretado y añadió por último: « aprende á vivir! » Sus hermanos se quedaron mirándole mientras se perdía en el camino, llenos de envidia hacia el que se iba á lo desconocido.

Dejó á la aldea sumida en su monótona labor cotidiana, adormilada bajo el sol. Al cruzar la alameda le dió una congoja. ¡Cuánto había soñado bajo aquellos árboles! Y allí se quedaban, mirándose, temblar en las aguas del río, ahondando sus raíces en su cuna misma, cuna que llegaría á ser su sepultura, nutriendo la savia, que les vestía por primavera de hoja, de los despojos, convertidos en mantillo de su follaje otoñal.

Al pasar junto al molino cruzó con el tío Sentencias, el molinero, que guiaba unos tardos bueyes.

— Qué es eso, chiquillo? ¿A la ciudad?

— Sí, á ganarme la vida!

— A ganarte la vida...? ¡Que no te gane ella y así te pierdas...!

Y le dejó ir mientras quedaba pensando: « este mozo tiene una grillera en la cabeza... Milagro será que no le dé por cómico ó poeta... ó quién sabe? por titiritero acaso... Ponía mucho cuidado y afán en las comedias, como si no fuesen cosa de juego. Y lo que es para el trabajo... En fin, que Dios le ayude, y me libre de malos pensamientos ».

Llevaba ya dos días de marcha, deteniéndose en los pueblecillos, y sólo le faltaba franquear la montaña de Peñanuda para dar vista á la ciudad, cuya imagen indecisa iba convirtiendo en el nido de sus vagos ensueños. Allí trabajaría de firme, y aún le sobraría tiempo para vivir, para vivir de veras.

Al tercer día salió de Aldeanueva antes de romper el alba, emprendiendo la larga subida á Peñanuda. A medida que ascendía el mozo iba rompiendo perezosamente el albor envuelto en espesa bruma que cuajaba poco á poco, batida por la brisa. Encontróse de pronto sumergido en un océano vaporoso, en cuyo lecho diluían los árboles sus contornos á guisa de quietos corales submarinos. Las viviendas todas de Aldeanueva, que dejó tras de sí, formaban á distancia un homogéneo macizo gris, una unidad compacta. Habíansele desvanecido las lontananzas y en el así reducido espacio, sustanciado merced á la niebla, se disolvían los cuerpos todos. Y al contraerse el espacio visible de tal suerte, barruntábase más allá de sus humosos horizontes un inmenso espacio invisible. El caminante,



esponjado en niebla, soñaba con una inmensa ciudad indecisa, rebosante de placeres inimaginables, rumorosa de vida y preñada de amor.

Entre tanto parecía como si una intensa conmoción íntima, sacudiendo las entrañas de las cosas todas, las hubiese hecho extravasarse, licuadas, de las materiales formas que las contuvieran, y que esas entrañas, unas con otras fundidas en niebla, llenaban el ámbito en que flotaban las vacías películas que las encerraron. El caminante soñaba en nuevos amigos, sin nombre ni fisonomía, en mozas de mirar vivífico, en íntima fusión de entrañas espirituales. En la ciudad, muerto el egoísmo aislador del trabajo, debían de vivir todos de la misma vida, de una vida comunicativa y difusa.

Allá abajo, en la ribera, vislumbrábase, bajo los flotantes vapores, á las aguas asentadas del río, de donde la niebla surgía. Y allá arriba el achicado disco solar cerníase blanquecino como bogando por el campo de aquel océano nebuloso. Luchaba el sol con la niebla, queriendo quebrantarla. A ratos se distendía á trechos la bruma ó empezaba á azularse el cielo, mas al punto nuevas ondas venían á velar de nuevo al sol. Fué una lucha silenciosa y terca hasta que el foco de luz logró romper la niebla deshaciéndola en girones que subieron á recogerse en el azul cerúleo para bogar por él en nubes de esfumados contornos. Aquí y allí se agarraban en un último esfuerzo al ramaje de los árboles, como vellones á las zarzas, mientras á lo largo del río seguía aún la bruma abrazada á las aguas, apurando sus besos. A lo lejos había como lagos de niebla descansando en los campos, refugiados en las honduras del terreno. Y entonces las casas, los árboles, los peñascos, las colinas, la sierra, todo se destacó en su puesto y con acusado relieve en la extensión del campo. Había vencido el sol que desune las formas iluminando sus perfiles, el sol que encasilla en el espacio visible los objetos, y con sus sombras los separa unos de otros. El antes macizo homogéneo de la lejana aldea destacábase en el fondo del valle ahora como caleidoscópico mosaico, siendo la armonía compacta que sus viviendas formaban como eco de la anterior unidad brumosa que en uno las fundiera. Y al otro lado de la montaña estaba la ciudad luminosa, rebosando de alegría y de fiestas, en que se trabaja para gozar.

A todo esto el sol empezaba á picar, y el caminante apretaba el paso, alijérndole los pies para subir la penosa cuesta su ansia por divisar cuanto antes la ciudad soñada. Oía la propia respiración y sentía el vaho de la respiración de la caldeada tierra. Allí arriba, en el puerto, entre dos lomas, había una arboleda, donde se detendría á comer y á descansar. Iba haciéndose tarde y el cuerpo le pedía refrigerio.

Cuando llegó cerca del alto, á la arboleda, oyó que de esta salía un gorjeo humano, un canto virginal, rosario de frescos gorgoritos, explosión de vida desbordante, canto selvático, sin melodía definida alguna, fruto del placer de respirar salud. Filtradas por los fresnos de la arboleda parecían aquellas notas una oda al campo, salvajemente idílica. A su compás caprichoso bailaban sobre un escaramujo una danza aérea dos mariposas.

Tras breve detención de un momento, penetró resuelto el caminante en la umbría del soto, á punto que el gorjeo se cortaba. Y de pronto se paró suspenso. En un arroyo se lavaba los pies una muchacha. Lanzó un grito la moza al verse sorprendida, encendiéndose el rostro y estiró las faldas sobre los desnudos pies.

— No, no te asustes, que soy de paz — le dijo el caminante.

La moza no respondió al pronto. Las aguas del arroyo, chachareando entre las guijas, le abrazaban los rosados pies, ciñéndoselos de espumilla. Eran sus ojos azules fuentes de un mirar limpio de intención alguna, flotaba suelta su cabellera como sutil follaje de su rostro, y parecía exhalar en torno vaho espiritual de serenidad campestre.

— Es como mejor descansan los pies después de una caminata — dijo, sosegada ya, mientras sacaba de un atillo, que á su lado tenía, un pañuelo con que enjugarse los pies, calzándoselos en seguida.

Y al recogerse luego los cabellos, sacando el naciente pecho al levantar los brazos encorvados para arreglárselos, parecía ofrecerse como ánfora viva henchida de miel campestre. Sintió el caminante que el corazón le golpeaba el pecho y que la sangre le anudaba la garganta. ¿Qué más ciudad que aquella? — Este es buen sitio para descansar y comer — dijo el joven.

— Sí — contestó la moza — aquí traigo mi merienda... para mí me sobra...

— Y también yo la traigo... partiremos!

Fuéronse silenciosos á un recodo, junto á una fuente, se sentaron, y sacó cada uno su condumio.

— Empiezan ya á acortar los días — dijo la muchacha con el primer bocado entre dientes.

— Sí, quedan ya pocas horas de poder caminar...

— Se camina de noche...

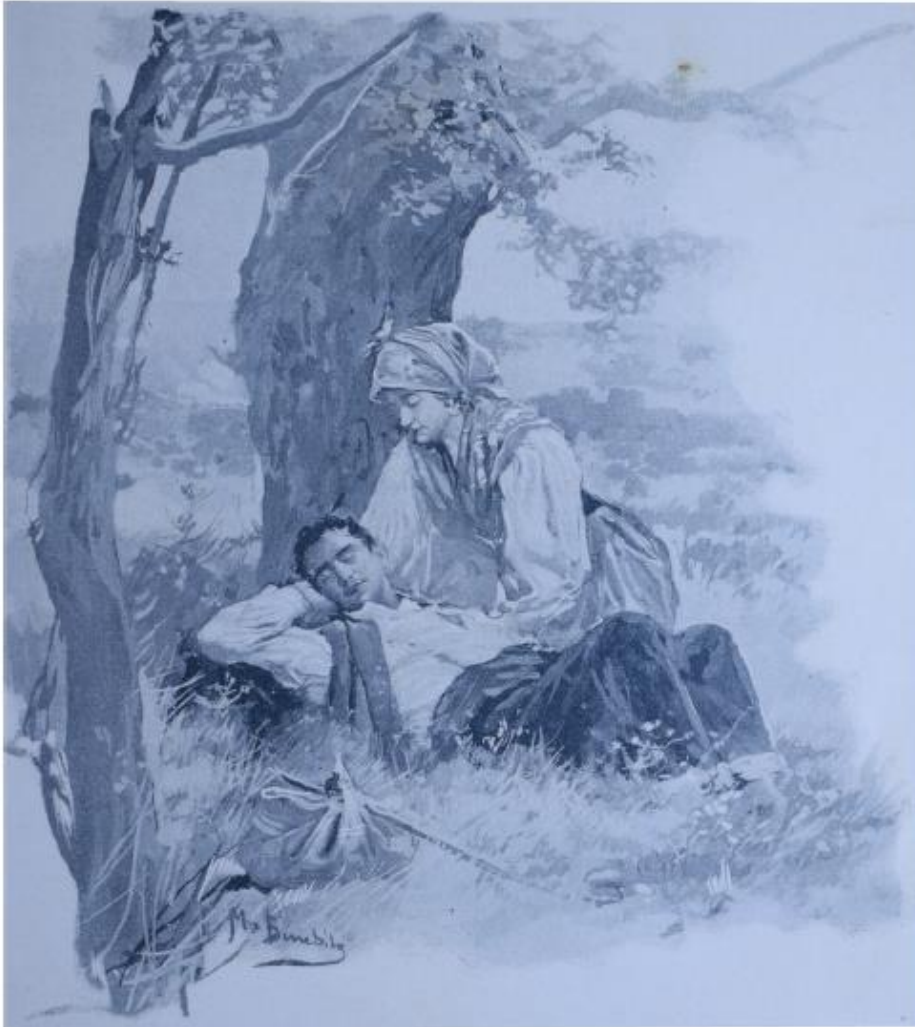
— De noche?

— Sí, es mejor, pesa menos el cuerpo y no distrae el campo.

— Pero...



- ¿Tienes miedo á las brujas? — y se echó á reir la moza, mientras el muchacho se desconcertaba.
- Ya se pisa hoja seca — dijo el caminante.
- Sí, pronto quedarán los árboles pelados... ¡pobrecitos!
- ¡Qué pesado es esto de andar!
- Bah! lo andado, andado, y mañana será otro día.
- Está bien este descansadero...



— Ahora debemos tendernos un poco bajo un árbol y reposar...  
Y así lo hicieron, echándose bajo sendos árboles. Y el muchacho se decía: «pero, cómo va así de camino, sola, una niña como ésta? Porque es poco más que una niña. ¿Por qué huirá de la ciudad á que yo corro?» Y sentía con violentas palpitaciones avisos del corazón, vivos deseos de renunciar á sus ensueños y de irse con ella, con la desconocida, á correr mundo á la buena ventura, comiendo en las arboledas, junto á las fuentes, mirándose en los ojos azules de la niña, y contándose uno á otro trivialidades preñadas de dulzura. Quedóse dormido y no soñó.  
Despertóle el corazón que nunca duerme. Alguna flor se había deshecho sobre su sueño, perfumándole el alma adormecida. Abrió los ojos y vió sobre su mirada la mirada

azul de la niña, que con una risa estallada le hizo vibrar las entrañas, de extraño deleite.

— Te has asustado!

— Qué es ello?

— Nada, que se hace tarde y antes de irme me despedía... dándote un beso!

El muchacho se levantó entonces de un salto, quiso agarrar á la niña, pero ella se le esquivó con esguince de corza. Siguióla y ya en el camino la niña se detuvo y le mostró con el dedo un punto en la lejanía, al lado opuesto de aquel por donde el mozo había subido. Allá en el fondo, se dibujaba la ciudad. Y era aquello la ciudad! ¡Aquel poblacho inmenso tendido en la llanura, silencioso y reposado!

— ¡ Hermosa ciudad! — dijo él por decir algo.

— Más hermoso el campo...

— ¿ El campo?

— Eres un bobín... bien se conoce!

Y él entonces, sin saber bien lo que se hacía, como enajenado, la cogió en sus brazos, la apretó contra su cuerpo hasta sentir como propio el calor de su vida palpitante, apoyó su mejilla sobre la de la niña y las oprimió una contra otra. ¡ Qué ansia de libar la miel campestre de aquella ánfora viva de carne virginal! ¡ Qué aroma de flores campesinas exhalaba! Mas sobrecogido al punto de vergüenza por lo que había hecho, se separó de ella con lágrimas en los ojos.

— Vaya, adiós, y que tengas suerte — exclamó la moza, emprendiendo su marcha.

— Buen viaje! — contestó él, y se quedó mirándola marchar, embobecido, como bajo la incubación del misterio. Fué el momento supremo de su vida, el nudo de su destino.

Y siguió mirándola. Bajaba la moza la cuesta con presteza, más bien que andando volando á ras del suelo, con un ritmo selvático y libre, como el del gorjeo con que animó la arboleda. Había ya cuajado la niebla vespertina y el mar brumoso iba invadiendo uno y otro valle. Poco á poco iba la niña entrando en él, y al cabo la forma indecisa de su airoso cuerpo se perdió como una nubecilla en la bruma, de donde surgía un gorjeo humano, canto del ave sumergida en el mar, embrión de melodía rural.

Volvióse entonces el caminante á mirar al otro valle y no divisó ya á la ciudad. Compacta bruma de indecisos presentimientos le cubría á la vez el alma. ¿ Por qué no se había ido con aquella niña de mirar sereno, á correr mundo á la buena ventura, por senderos y veredas, sesteando en los sotos, junto á las fuentes, lavándose en los mansos arroyos los cansados pies, nutriéndose de brisa libre y de campestres frutos y de besos espontáneos como las flores perfumadas de la montaña? ¿ Por qué no hacía de su vida una caminata descuidada y errabunda, sin rumbo ni meta?

Emprendió la bajada y pronto volvió á verse envuelto en la bruma.

\* \* \*

Cuando hoy, anegado en los pesares del desengaño, recuerda el cansado caminante de la vida su marcha juvenil á la ciudad, de su memoria resurge luminosa y perfumada la visión de aquella niña que de la ciudad huía. En triviales palabras se vertieron las cándidas almas, en triviales palabras que fueron pura música sin letra de sentido. No se preguntaron uno á otro ni quienes eran, ni de donde venían, ni á donde iban; no se preguntaron siquiera los nombres á que respondían, más estuvieron después siempre descándose. Llevó el antiguo caminante siempre en el alma el beso de aquel despertar bajo los fresnos, y más de una vez miró á lo alto de la montaña, al puerto de la sierra, remordiéndose de no haberse ido á correr mundo á la buena ventura, por veredas y senderos, con la niña del mirar azul limpio de intención alguna, y de la cabellera como sutil follaje de su rostro. Y nunca se le borró la imagen radiosa, subido el naciente pecho, en alto los encorvados brazos cual torneadas asas, recogiendo la flotante cabellera, entreabierta la boca como un lirio que pide rocío, y así ofreciéndose serena como ánfora viva henchida de miel compuesta con perfumado jugo de campesinas flores de la montaña.

*Dibujos de Benedito.*

Miguel de Unamuno.